

DESTINO

Sospecha

José Ángel  
Mañas

*Nota del autor: a diferencia de las demás localidades de la novela,  
Sagrario es un pueblo que no existe.*

## Prólogo

1

‘—No te puedo hablar ahora mismo. Me está siguiendo un tipo. Luego te explico...’

Esas fueron sus palabras exactas; unos minutos después estaba muerta.

Cuando se cortó la comunicación, el notario Ángel Pizarro, originario de Navalcarnero, estaba saliendo de trabajar en la capital y acababa de telefonar desde el interior de un Mercedes Benz color aluminio que permanecía en su plaza personal del estacionamiento subterráneo, justo debajo de la notaría. Curiosamente, a pocas manzanas del bufete de Alfredo Molina, el abogado de Pacheco y Duarte. El reloj digital del salpicadero marcaba las veintiuna cero siete. Fecha: diecinueve del doce del dos mil cinco.

—Yo estoy arrancando, cariño. En menos de una hora estaré allí — dijo, al igual que cualquier otro día.

Era un animal de costumbres.

‘—*No te puedo hablar ahora mismo. Me está siguiendo un tipo. Luego te explico...*’

Algo extrañado, el notario apagó el manos libres. En el interior de la garita de seguridad, un guardia dormitaba ante los monitores. A continuación, se incorporó al tráfico de la calle Serrano, entonces en obras, para atravesar medio Madrid, Alcalá, Cibeles, Gran Vía, y salir, por el túnel de Plaza de España, a la nacional cinco. Por las mañanas solía

dar un rodeo y entraba a la ciudad por la avenida de América. Pero un lunes y pasada la hora punta se podía optar por el trayecto más directo.

Aquella breve conversación, como es natural, no le gustó nada.

Entre otras cosas porque, aunque no lo confesaría nunca, era una persona profundamente celosa.

Es cierto que durante sus tres años de convivencia jamás había albergado la más mínima sospecha de infidelidad por parte de «su chica», como la llamaba. Sin embargo, ella tenía veinticinco años menos y los separaba una edad suficiente como para que un hombre recién entrado en la cincuentena, por muy bien que se conservara, sintiera todo tipo de inseguridades.

Mientras avanzaba por la carretera de Extremadura, camino de la salida veintinueve, pensó en llamarla de nuevo.

Pero el orgullo lo retuvo. No quería pasar por un viejo celoso.

Cruzó Navalcarnero, por la extensión hacia el nuevo barrio de las afueras, a espaldas del silo. Entró por fin en Sagrario, el pueblo siguiente, donde vivían y donde ella acababa de encontrar trabajo, y fue entonces cuando se le ocurrió mirar, según pasaba por delante, la luna ya enrejada de la farmacia.

Su domicilio quedaba junto al colegio público, unas cuantas manzanas más allá. Accedió a él por la puerta electrónica del garaje. Apagó el coche y, una vez en el interior, al ver que nadie le contestaba, sintió una vaga inquietud. Comprobó que su chica no estaba esperándolo, preparando algo en la cocina o viendo la televisión, como de costumbre.

Esta vez llamó desde el propio recibidor. Tenía las llaves de casa en la mano. Pero no hubo respuesta. Y ya la vaga inquietud se convirtió en un mal presentimiento que lo llevó a ponerse de nuevo el abrigo, a ajustarse las gafas, a salir a la calle.

El frío resultaba vivificante. Anduvo por la zona residencial que los separaba de la farmacia y recorrió, nervioso, el camino que ella solía atravesar de regreso a casa.

Había una calle a oscuras, en pendiente. Al ver que más arriba acababa de detenerse el coche de la Policía Local, fue como si recibiera una descarga eléctrica y apresuró el paso hasta que, en mitad de la acera mal iluminada, en el sector que empezaban a precintar los agentes, se encontró con un bulto humano.

Lo que continuó —sus gritos, el cómo le impidieron acercarse al cadáver, la crisis de ansiedad, las voces de quienes iban saliendo de los chalés, la sirena de la ambulancia— podría haber seguido el mismo guión que tantas películas policiacas baratas de las que él mismo se reía cuando las veía.

La diferencia era que ahora era el protagonista, y que todo era real. Los miembros de la Cruz Roja llegaron junto con la Guardia Civil de Navalcarnero. Se vieron obligados a administrarle un calmante, antes de que apareciera su hermano para llevárselo; era la única persona a la que había querido llamar.

Y durante todo aquel tiempo, aquel pobre hombre jamás sospechó que el origen de semejante monstruosidad estuviera tan alejado de un motivo gratuito, y que quien tanto daño le había hecho actuara guiado por el más profundo rencor personal, y eso pese a que apenas se conocían.

Pero aquello era otra historia, mucho más complicada y que arrancó, seguramente, unos meses antes aquel mismo año. O por lo menos empezó a tomar forma a principios de marzo, cuando un conocido recluso de la región obtuvo por fin la libertad condicional.

2

—*Fumando espero... al hombre que yo quiero...*

Era el ocho de marzo, pues, cuando uno de los funcionarios de prisiones que trabajaba en el Centro de Inserción Social Victoria Kent, la antigua prisión de mujeres de Yeserías, traspasó, como cada madrugada,

el umbral de la puerta principal del recinto. El hombre estaba de buen humor. Se llamaba Fernando Quiñones. Pero todos lo conocían como *el Tonadas*, porque siempre andaba canturreando para sí tonadillas clásicas españolas.

—*Fumar es un placer...*

Al otro lado de la puerta había un pasillo ancho, iluminado por la luz eléctrica. Por él se sucedían cuatro habitaciones, cada cual con sus respectivas camas. Pero la que le interesaba quedaba al fondo, y dejó de canturrear para empujar la puerta.

—¿Campuzano?

El dormitorio era relativamente grande. Un par de mamparas delimitaban un cuarto de baño con lavabo propio. Lo demás era precario: una mesa de madera, sillas metálicas, un armario, un par de camas bajitas. Eso era todo. Y bastaba, ya que los presos solo pernoctaban en el Victoria Kent.

Ese era uno de los privilegios del tercer grado, el que precede inmediatamente a la libertad condicional, y eso se notaba en la actitud de unos reclusos que, habiendo pasado el día fuera, estaban más relajados; y en la de los funcionarios, pues la convivencia era menos intensa, lo cual facilitaba un mayor respeto mutuo. Y hasta en las puertas, que no eran chapas de hierro, como en AlcaláMeco o Soto del Real, sino hojas normales que en la mayoría de los casos ni siquiera se cerraban.

De hecho, el funcionario pasaba una única vez cada noche para el recuento, y los internos no tenían ni que ponerse en pie. Algunos incluso ya dormían, cosa que al Tonadas, cuando le tocaba, le hacía gracia.

Pero ahora era de madrugada y Campuzano lo aguardaba sentado pacientemente a la mesa.

Permanecía en la penumbra, apenas iluminado por el flexo.

Se trataba de un tipo delgado, recién entrado en la treintena, bajito y moreno, con ojos de color azabache y un tupé de roquero, alto y engominado, como el de Loquillo.

Tenía dos aros pequeños y plateados en cada oreja. Vestía unos pantalones vaqueros desgastados, botas de montaña de marca Chiruca, jersey gris de cuello alto y una chamarra gruesa, con la cremallera abierta.

Parecía tranquilo, y hacía ya un rato que esperaba. Había metido sus pertenencias en una bolsa de plástico grande de El Corte Inglés, a sus pies, y se había dedicado a fregar el lugar con la rabia que da el saber que, con un poco de suerte, sería la última vez.

Sus sábanas estaban encima de la cama, hechas un gurrño, listas para lavar; y sobre la mesa reposaban un gorro de lana negro y las manoplas que había utilizado a lo largo del invierno. El resto —el póster de un Elvis jovencito, agarrado al micrófono, que tenía sobre la cama, por ejemplo— había desaparecido.

—Qué limpio está todo... ¿Qué has hecho con Elvis?

El Tonadas siempre buscaba un trato afable con el interno. Le gustaba mostrar que en el Victoria Kent ya no eran carceleros, o al menos no tanto.

Pero Campuzano no estaba para esas. Murmuró que lo había tirado. Cogió sus guantes, su bolsa, y pasó de largo. El Tonadas lo siguió hasta el patio. Borearon uno de los jardincillos del interior del recinto y llegaron hasta la garita de la entrada, que a esas alturas del año tenía el toldo verde recogido. Fuera empezaba a clarear.

—Pues ya está. Ya estás en libertad condicional —le despidió el funcionario de Identificación.

Unos momentos después, Daniel Campuzano salía a la calle, esquina Juan de Vera con Batalla de Belchite. Allí se detuvo, bolsa en mano, y aspiró el aire de la mañana pluviosa. A sus espaldas, los muros del Victoria Kent se recortaban bajo un cielo enrojecido con el alba.

Él sabía mejor que nadie que su libertad pendía de un hilo y que, cada día, en adelante, tendría que llamar a las diez de la noche desde el teléfono fijo del pisito que le había encontrado su madre y pronunciar

aquella ridícula frase con los sonidos necesarios para que un ordenador de Instituciones Penitenciarias reconociera su voz...

Pero había gente peor.

A él no se le obligaba, por ejemplo, a llevar pulsera telemática.

Y eso sí que habría imposibilitado sus planes, pensó mientras echaba a andar en dirección al paseo de las Delicias. Era el mismo camino que había recorrido en los últimos meses, mañana y tarde, por delante del supermercado Eroski.

Su intención era bajar hasta la plaza de la Beata María Ana, meterse en el Metro de Legazpi y coger el circular con destino a la estación de Príncipe Pío, donde un autobús lo llevaría al pueblo de Navalcarnero, el que sería su nuevo hogar y uno de los principales epicentros de la tragedia.